



## CAPITULO II.

VIDA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO (I)

### ARTÍCULO I.

NACIMIENTO DE SANTO TOMÁS



*Verdadero retrato de Santo Tomás de Aquino.*

Uno de los genios benditos escogidos por Dios con singular cariño para ser como la encarnación de todas las glorias de una época y de un siglo, es Santo Tomás de Aquino, ilustre según la sangre y mucho más según los consejos de Dios y los tesoros de su gracia.

Vió Tomás la luz del mundo el año 1226 ó 1227 y fué vástago de una familia de linajudo entronque emparentada con la nobleza de Italia y de Alemania.

Su padre, llamado Landulfo, era Conde de Aquino y nieto del emperador de Alemania Federico Barbarroja; su madre, Teodora, la Condesa de Caraccioli, descendía de los principes conquistadores de Sicilia y de los magnánimos reyes de Aragón. Así quiso el Cielo generoso unir en el vástago de los Condes de Aquino la pureza nobilísima de la sangre con la santidad, mucho más noble aún, de las virtudes cristianas elevadas á un grado heroico.

Bautizóse al infante en medio del regocijo más tierno y se le puso por nombre Tomás. Rarísima vez habrá existido nombre mejor impuesto y que más de lleno expresase la condición de la persona. Tomás, en efecto, significa

1) Tomamos estos capítulos de la *Vida de Sto. Tomás*, escrita por el P. M. M.<sup>a</sup> Sainz, O. P. - Vergara: El Santísimo Rosario. - 1903.

*admirable*, y aquel niño hermoso, fué con toda exactitud el *Admirable* clásico de la historia cristiana, uno de los milagros de primer orden con que Dios se complace en ostentar las grandezas de su misericordia, el coloso de su siglo, el don inefable que el cielo regaló á la tierra derramando en él una buena parte de sus soberanas munificencias. Tomás fué admirable en su nacimiento anunciado á la Condesa Teodora por un santo ermitaño que la pronosticó la venida al mundo de un niño que sería esplendor de la ciencia y joya inestimable de virtud: Tomás fué admirable en la cuna, cuando á semejanza del sol al brillar entre los celajes de la aurora, apareció bañado de nimbos de gloria y de claridad que partían en haces de luz y de oro de la frente inocentísima del niño: Tomás fué admirable en la infancia enamorando á todos con los hechizos de su alma virginal: fué admirable en la mocedad, en la que, á ejemplo de Jesús, crecía en ciencia y en años delante de Dios y de los hombres; fué admirable en su vida pública y perfecta siendo el nuevo Salomón del templo maravilloso de la Iglesia: fué admirable en el palenque al que bajó repetidas veces á recoger la palma destinada al más invicto de los atletas cristianos: fué admirable en sus obras aplaudidas por cien generaciones, celebradas por los ángeles, y bendecidas por la misma infalible Verdad, Jesucristo: fué admirable en sus virtudes con las que se remontó como águila potente hasta las cumbres *do el saber llueve*: fué admirable en su vida empleada sin descanso en pro de la civilización, de la humanidad y de Dios: fué admirable en la muerte en la que cerró sus ojos y abrió sus brazos para irse al cielo en medio de las cadencias de los serafines, de las sonrisas de la Madre de Dios y de las lágrimas de los que en la tierra le amaban como á su Maestro y su Padre, y es, en fin, admirable en la historia en cuyas páginas figura el nombre de Tomás de Aquino como símbolo de luz, de grandeza y de heroísmo. ¡Bendito mil veces el nombre de Tomás!...

Toda la familia de nuestro venturoso niño, era, á la vez que noble é hidalga, cristiana y formada según el corazón de Dios. Por eso los primeros años de Tomás corrieron dulcemente en medio del cariño y de la virtud, que son las dos alas con que los niños, iguales á los ángeles, comienzan á espaciarse en un horizonte de color de rosa y azul como el fondo de los cielos. Como prueba de la santidad de la familia de nuestro Santo, baste saber que su madre llegó en los últimos años de su vida á un alto grado de perfección; Landulfo y Rainaldo, hermanos de Tomás, padecieron persecuciones con ánimo esforzado por la causa de Dios y de su Iglesia, y dos de sus hermanas, Marieta, y Teodora, aconsejadas por el angelical joven, abrazaron la vida de la penitencia y del retiro.

El más santo de toda esta familia cristiana de abuelo fué Tomás.

Ya desde pequeño, quiso el Señor mostrar en el alma y en el corazón de Tomasito algo de los planes gigantesco á que la Providencia le tenía destinado, y como el astro rey envuelto entre nubes, descubre su presencia en los arboles con que las dora y tornasola, así Tomás entre los pañales y estrecheces de la infancia, mostraba ya la grandeza de su alma; y los rayos de la divina gracia, bañando de claridad sus facultades, dejábase vislumbrar en multitud de prodigios que hacían sospechar la presencia del dedo de Dios que andaba escondiendo en la frente de aquel niño la llama del genio predestinándole para cosas que iban á ser el pasmo del cielo y el encanto de la humanidad.

Con Dios andaba su Santa Madre acariciando con inefable ternura al hermoso infante de Aquino, y María que se complace en derramar sus halagos sobre los ángeles inocentes, extremó sus hechizos maternos en el niño Tomás á quien quiso desde la aurora de su vida conducir por sendas de rosas y azucenas. Excusado es decir que el niño siguió á su Madre como manso corderillo.

Véase una muestra de la correspondencia entre la Reina del cielo y el Ángel de las ciencias.

Un día en que la noble Condesa Teodora se encontraba en la bella playa de Nápoles, la nodriza encargada del cuidado de Tomás, aún muy niño, al pretender bañarle en una de las piscinas al efecto preparadas, observó que el pequeñuelo se resistía poniendo todo su conato en apretar con sus manos una cedullilla ó papel. Trató el ama de arrebatar al niño el papel y aún se empeñó en abrirle la mano á viva fuerza, más fueron tales los suspiros y las congojas del inocente, que al cabo hubo de entrar en el baño con el papel fuertemente asido con una de sus manos. Salió del agua y el niño hermoso seguía apretando el papelillo y cuando se le volvió á casa, observaron que Tomás guardaba la cédula como un tesoro inestimable. Esta tenacidad en un niño de mieles y ternuras como lo era Tomasito, excitó poderosamente la curiosidad de su madre que veía en el suceso algo más que un pasatiempo inocente ó un capricho pueril, y haciéndose por unos momentos sorda á las lágrimas de su hijo, arrancó de sus manos el misterioso papel.... Cosa singular y extraordinaria... en la joya por la que tanto suspiraba el angelical infante, no se veían más que dos palabras que formaban el imán de los amores del corazón purísimo del niño: esas dos mágicas palabras eran: *Ave Maria*. Sorprendida y admirada la Condesa de Caraccioli con la significación de aquel hecho, volvió al niño el anhelado papel, y tomándolo el pequeñuelo con avidez extraordinaria se lo llevó á su boca y después de tragárselo, quedóse sonriendo como deben hacerlo los serafines cuando entonan himnos de alabanza á la Emperatriz de los cielos.

Huelgan los comentarios ante un hecho tan prodigioso. Ya no debe causarnos extrañeza ver al Doctor preclarísimo caminar á paso de gigante de virtud en virtud derramando por el mundo los rayos de su ciencia y los tesoros de su heroica santidad. Un niño que es anunciado por

el cielo antes de aparecer en la tierra, un niño que se ofrece entre las sonrisas de su cuna como un sol de luz y de resplandores, un niño á quien se le van milagrosamente el corazón y todas las potencias tras la Virgen Inmaculada y Trono de la Sabiduría, no es posible que un niño como ése no sea un nuevo Ángel del Apocalipsis á quien Dios ha entregado las llaves con que se descubren los secretos de la ciencia y de los misterios más escondidos y augustos.

## ARTICULO II

### EDUCACIÓN RELIGIOSA DE SANTO TOMÁS

La educación del niño de los Condes de Aquino, tuvo todas las ventajas del amor y de la virtud cristiana. Su madre le acarició cuando fué tierno infante con todo el halago y la efusión de que es capaz el alma enamorada de una madre. Y era tan buena aquella madre y era tan encantador aquel hijo que entre los corazones de ambos, se estableció una corriente placidísima de afectos. ¡Cuántas veces la tierna madre, arrullando los sueños virginales del hijo, contemplaría absorta los indicios maravillosos que se traslucían como reflejos de gloria inefable en el rostro del bendito niño! ¡En cuántas ocasiones, al imprimir con amor inmenso un beso en la frente de Tomás, pediría la madre al cielo que los ángeles velasen los años de su inocencia y las virtudes hiciesen su trono en lo más íntimo del alma y del corazón de su hijo! ¡Cuántas veces, abrazando enamorada al fruto dichoso de sus entrañas y acariciándole con efusión maternal, exclamaría como doña Blanca de Castilla al ver dormir en sus brazos á su hijo San Luis: Hijo mío: te amo como á una parte de mi corazón, pero antes de verte en desgracia de Dios, quisiera verte muerto en mis propias manos!

De tales madres, no pueden dejar de salir buenos hijos; con semejantes principios de educación, los fines han de

ser forzosamente grandiosos y dignos de los pocos sabios que en el mundo han sido; al calor de una madre sauta y temerosa de Dios, con sus consejos, con su ejemplo y sus oraciones y lágrimas, los niños han de ser su corona y su lustre en la historia y en el libro de la vida donde las acciones humanas aparecen con su premio y recompensa.

El niño Tomás fué indudablemente del número de esos hijos privilegiados á quien el Señor con providencia amorosa va preparando el camino y abriéndoles pasó en el Calvario de la vida, dándoles un corazón de oro y bien formado, y enviándoles ángeles que sean sus compañeros y custodios en los años de la infancia. Muestras de esa Providencia infinita á la que cooperaba la solicitud de una madre santa y tierna, fueron con los prodigios que se descubrieron en la niñez de Tomás, las caricias con que la noble Condesa Teodora mecía la cuna de su hijo, enseñanzas que depositó como sagrado depósito en el alma del niño y el haberse desprendido del candoroso é idolatrado infante al entregarle, cuando apenas cumplía los cinco años, á los monjes de la Abadía de Monte-Casino para que aquellos santos religiosos perfeccionasen la obra de la educación empezada en el niño inocente. Comprendió la virtuosa dama de Caraccioli que su hermoso hijo era un regalo del cielo, y en una casa de religión quiso que se cultivase aquel pimpollo graciosísimo y que entre ejemplos de pureza y de santidad, abriese los ojos del conocimiento el que era con toda exactitud un ángel desterrado en el mundo.

Puesto Santo Tomás á los cinco años bajo la custodia y la égida de los monjes de la celeberrima Abadía, no tardó en ofrecerse á maestros y á discípulos como un portento de virtud y un milagro de precocidad intelectual. En sus pocos años mostraba una sabiduría consumada y pronto el hijo mimado de los Condes de Aquino, llegó á ser en la Abadía lo que era en su casa: el Benjamín y el predilecto á quien todos admiraban y querían.

Era una tarde de apacible ambiente  
De manso aroma y celestial color;  
Iba gimiendo de placer la fuente:  
Las auras iban suspirando amor.....

En esta tarde deliciosa y á la suave y melancólica luz vespertina, paseábanse por la huerta del monasterio algunos religiosos, que retirados del mundanal ruido contemplaban de lleno en lleno el panorama hermosísimo y rozagante de la naturaleza en que tan á ojos vistas se traslucen la gloria de su divino Autor. No muy lejos de los monjes y á la orilla de un manso arroyuelo en cuyas limpias aguas ininidad de flores admiraban sus hechizos, divertíanse en amigable consorcio los niños que con Tomás se educaban en el monasterio de Monte-Casino. Un santo gozo reinaba en aquellas inocentes almas y el júbilo más espontáneo y difusivo se reflejaba en las criaturas virginales que parecían ángeles venidos del cielo y jugando entre las rosas.

De pronto se apartó del bullicioso corro un niño, el más hermoso de aquellos inocentes, y colocado como una aparición en el fondo de la campiña, alzando hacia las nubes los rasgados y expresivos ojos y puestas sobre el pecho las manos, estúvose en esa actitud largo rato como deben estar los serafines en la presencia del Señor. Resplandecía la frente del niño como un cielo sin sombras, habia en su mirada algo de la luz que brilla en los ojos de los genios y dibujábase en sus labios una onda de sonrisa que podían imitar los querubines en sus éxtasis de amor. Aquel niño era Tomás adorando á su Criador en el espejo de la creación, y en las páginas de ese gran libro, comenzaba ya á estudiar las maravillas de Dios.

Uno de los monjes que paseaba cerca de los niños, observó atónito la actitud misteriosa de Tomás y aproximándose á él, le preguntó por la causa de aquel arrobamiento y embeleso. Dos lágrimas como dos perlas rodaron entonces por las tersas mejillas del angelical infante

al salir de la milagrosa suspensión en que se hallaba, y respondiendo á la pregunta del monje, le dijo:

—Estoy trabajando por comprender á Dios, Maestro, habládme vos de mi Hacedor; decidme: ¿quién es Dios?

Sobrecogióse el monje ante la actitud nobilísima y gallarda del pequeño que parecía bajar en aquel momento del Sinaí, y con dulcedumbre inmensa trató de explicarle algo de las grandezas del Señor. El niño escuchaba con atención y cuando hubo terminado el maestro, continuó el discípulo:

—Yo veo á mi Dios en la naturaleza; le siento, le oigo en multitud de maravillas que son como los pasos con que mi alma comina hacia el cielo..... pero quisiera saber algo más, conocer más de cerca al común Señor de las cosas.

Calló el monje sorprendido de la grandeza de aquella alma y de los tesoros de ciencia y de virtud que se encerraban en el inocente corazón de Tomasito; y al narrar á los demás religiosos la entrevista tenida con el niño, seguramente repetirían todos absortos la pregunta que se hicieron muchos de los que presenciaron las maravillas obradas en el nacimiento del Precursor: *Quis putas puer iste erit... Nam et manus Domini erat cum eo.* ¿Quién pensáis que va á ser este niño en el que tan clara y ostensible se ve la mano de Dios?.....

Así iba el cielo complaciéndose en evidenciar las gracias que había derramado á manos llenas en el noble vástago de los Condes de Aquino: así crecía éste en ciencia y en virtud en presencia de Dios y de los hombres, y en lo sucesivo, todos los alientos del alma de Tomás, todos los suspiros de su corazón, las lágrimas de sus ojos, los pasos de su vida, se redujeron á encontrar la respuesta más contundente y perentoria de aquella cuestión sublime que sobre la Divinidad se le ocurrió en la Abadía de Monte-Casino.

### ARTÍCULO III

#### LA LUCHA Y EL TRIUNFO

Tomás de Aquino había nacido para coloso y gigante: en sus ojos se divisaba el aire marcial del bravo soldado dispuesto á luchar por la defensa de los intereses del mejor de los capitanes, Jesucristo; en sus labios había puesto el cielo palabras de vida eterna, y en su frente relampagueaba un destello de lumbre infinita que le acreditaba de genio y de adalid en la historia. Nada tiene pues de extraño que los eternos enemigos de Dios, al contemplar la energía del alma de Tomás, al columbrar su grandeza, se hicieran últimos de potencia y á voz de comunidad movieran cuantos resortes hallasen á mano para batir y derrocar la firmeza y la constancia de aquel corazón magnánimo.

Contemplemos la lucha del Ángel y admiremos su victoria.

Cuando á los once años de su edad, salió el niño Tomás del monasterio en que había recibido la primera educación, determinó su familia tenerle consigo unas semanas en el Castillo de Loreto para disfrutar á solas y de lleno de la compañía de aquel infante amoroso imán dulcísimo del corazón. Allí también mostró la Providencia cuánto le agradaba la virtud del niño predilecto, cuando socorriendo éste á hrtadillas y con mano generosa á los mendigos que acudían á la Fortaleza, sorprendido en una de estas aventuras por su padre el Conde Landulfo, al desdoblarse los pliegues del manto bajo el que ocultaba la limosna, cayeron al suelo, en vez de mendrugos de pan, multitud de flores llenas de riquísimo aroma.

Del Castillo de Loreto donde pasó el niño Tomás como una temporada de vacaciones, fué llevado á la Universidad de Nápoles siendo allí sus profesores, en lógica y bellas letras el famoso Maestro Martín, y en las ciencias

naturales el no menos ilustre Maestro Pedro de Irlanda. No se maleó el tierno niño en las aulas de la Universidad con el roce de los compañeros no siempre muy escrupulosos ni dados á las cosas de Dios. Precisamente allí fué donde se acrisoló la santidad de Tomás, donde su inteligencia comenzó á lucir con inusitados fulgores y donde su corazón, oyendo la voz del cielo, buscó en la descansada vida de los sabios y en el sosiego dulce y claro del verdadero *Fabio*, la paz y la dicha que llenan al alma de dulzuras.

La Orden de los Predicadores estaba entonces en su naciente esplendor, y brotando á la vida en la aurora más bella y galana, derramábase por el mundo con el ímpetu de aquellos nobles y generosos alazanes que el profeta vió recorrer la tierra en medio de la general admiración. El espíritu del Patriarca Santo Domingo animaba brioso y pujante los corazones de sus hijos los dominicos, é inflamados ellos en un celo verdaderamente apostólico, marchaban reunidos en falanges numerosas ó dispersos de uno en uno como astros de radiosa claridad, llevando á las más apartadas regiones el fuego de su amor santo y la luz de su doctrina evangélica. En los grandes centros de población y entre el buro de sus habitantes lo mismo que en las soledades incultas donde todo triste ruido hace su habitación, veíase al Hermano Predicador vestido con el blanco hábito que la Virgen le regalara un día, extendiendo el reinado de Jesucristo y cooperando con su actividad leyendaria á la obra inefable de la salvación de las almas.

Nápoles contaba también con un escuadrón de la nueva milicia creada por el Patriarca de Caleruega, y era el convento de los dominicos de la poética y culta Nápoles, centro de ilustración y de progreso, casa de misericordia, santuario y templo donde la ciencia y la santidad se unían en fraternal abrazo. Uno de los religiosos de la comunidad, llamado Juan de San Julián, hombre de muchas letras

y formado según el corazón de Dios, conoció al niño Tomás y no sé cómo, ni de qué manera; quizás por coincidencia, acaso por previa voluntad y disposición de Dios, y yo á esto último me atengo, porque creo que el acaso y la quimera jamás resuelven nada que sea positivo. El hecho es que el célebre dominico llegó á conocer al niño de los Condes de Aquino: conocerle, admirarle y amarle con delirio fué todo uno. Algo muy grande debió de ver en la frente despejada y en el corazón del niño angelical, cuando al tratarle el varón de Dios, exclamó: «¡Oh y con qué gran tesoro va el Señor á enriquecer á mi Orden!»

El pronóstico se cumplió, y al poco tiempo, Nápoles sabía con sorpresa que el joven Tomás era novicio en la Religión de los Predicadores.

Y aquí fué donde la lucha comenzó y donde se libró el combate.

Como si la entrada en una Orden, que aunque nueva y rigurosa, venía siendo un seminario de genios y de colosos, fuese un crimen de *lesa-familia* ó un atentado contra el sentido común que tan raro se vende en el mundo, no bien corrió la noticia del suceso y se supo que, salvando inmensas montañas de dificultades, el noble *Condesito* había cambiado su atalaje y sus vestidos por el cándido hábito dominicano, prefiriendo la soledad y la Cruz al bullicio y al regalo de la carne, sucedió lo de costumbre y algo más; es decir que se levantaron protestas de todos los tonos, hubo muchas alharacas y recriminaciones, muy pocos aplausos, como no se cuenten los del cielo, y se alzo una gritería feroz, no tanto contra el tierno mancebo á quien se suponía *gratis* ofuscado y seducido, sino contra la Orden que llena de júbilo le acababa de abrir las puertas de su corazón y le había recibido en su seno. Y ¡quién lo creyera!... los que más recio clamorearon y levantaron el grito por la decisión de Tomás, fueron sus parientes sus hermanos, su padre y hasta la virtuosa y noble dama Teodora, madre de nuestro Santo.

El amor es una de las palancas más formidables del mundo, y así como bien ordenado y en cauce produce las obras más dignas y encantadoras, así ese mismo amor descompuesto y dislocado suele ser causa frecuente de enormes descalabros y fracasos. Amaba mucho la Condesa Teodora á su hijo Tomás, pero no le amó bien cuando se quiso interponer entre Dios y el niño pretendiendo disputar al Señor lo que por indiscutible y sacrosanto derecho le pertenecía. Y como Dios, cuando interviene en una causa, indefectiblemente se la gana, al cabo tuvo la Condesa que ceder en su empeño y bendecir á la Providencia que velaba por su hijo.

No hubo de meditar mucho al principio en estas máximas cristianas la de otra parte noble y virtuosa madre de Santo Tomás, y dejándose llevar demasiado de los impulsos del corazón, trató de impedir á roso y veloso la vocación de su hijo, ayudando á la Condesa en esta obra desatinada, su marido el Conde Landulfo, y sus hijos conchabados para despistar al angélico mancebo y arrancarlo *velis nolis* de la vida religiosa que acababa de abrazar... Pero todo fué inútil y contra todo viento y marea venció luchando como un campeón denodado y experto en medio de todos los enemigos que se alzaron contra él.

Los religiosos que tenían perfecto conocimiento del tesoro que Dios les acababa de regalar, temieron perderlo con tantas manos como trataron de apoderarse de él, y aconsejados por el mismo novicio, le trasladaron á varios puntos y lugares hasta llegar al Convento de Santa Sabina de Roma. No cejó la madre en la lid, y á Roma le siguió ganosa de hacer su hecho, y trasladado á París el Santo, no cesaron las artes y las garrambainas de la familia contrariada hasta que á viva fuerza le sacaron del monasterio y se llevaron al purísimo joven á un castillo ó finca de Roca-Seca.

Lo que Santo Tomás sufrió en estos lances y perances, no tiene nombre ni cuento; sólo Dios y el corazón de

su siervo pudieron comprender la grandeza de las pruebas y lo doloroso de las tribulaciones. Custodiado por sus dos hermanos Landulfo y Rainaldo, trataron éstos de despojarle en el camino del hábito religioso que Tomás por empeño especial había logrado sacar puesto del convento, y sólo cejaron en su necio propósito cuando se estrelló una y mil veces contra la oposición enérgica y decidida de Tomás.

En Roca-Seca llegó para el angélico joven el momento de apurar las heces del cáliz de la amargura, y abandonado á sus propias fuerzas, aunque nunca le faltó el auxilio de Dios, arreciaron los ataques y se pusieron en juego todas las pruebas. Ni un mártir, hubiera hecho más limpio y hermoso el sacrificio que Santo Tomás. Suplicó el padre, rogaron las hermanas, amenazaron los hermanos, lloraron unos, se mofaron otros, y la madre, postrada de hinojos, pidió al hijo de sus entrañas que abandonase su resolución en honra de su familia, por el buen nombre de su linaje y por el amor que profesaba á la autora de sus días... ¡Engaño cruel y desatinado, farsa ridícula con asomos de sacrilega con que el amor carnal quería arrebatar á Dios lo que por juro propio le estaba reservado! Y ¡cuántos padres de familia imitan la conducta reprochable en este punto de la Condesa Teodora!

Y no es decir esto que, como el bellaco lego de quien graciosamente aunque con mucha imprudencia y sobrado desahogo nos habla el P. Isla en su *Fray Gerundio*, se haya de meter la vocación á empñones y se hayan de pescar los jóvenes como las truchas en los ríos; ni trato de afirmar que únicamente en las Órdenes religiosas se santifica el alma y se toca el cielo con las manos con sólo *asistir á coro y tener la ración segura* (1). Algo más se nece-

(1) Frase grosera que el mencionado P. Isla pone en boca del pedazo de lego al ponderar éste á *Gerundio* la excelencia de la vida religiosa. Todo el Capítulo donde se habla de este asunto y otros muchos de la obra del insigne P. Jesuita, son en verdad modelos de elegancia en la forma literaria, aunque bien se pudieran sacar á flote sus puntos negros: pero la rechifla que se hace

sita para ir al cielo y á este cielo, fin y descanso de las almas, puede muy bien llegarse fuera de los claustros con la guarda de los santos Mandamientos. Pero las almas de talla como la de Santo Tomás de Aquino, quieren dar á su Dios mayores pruebas de su fidelidad y de su abnegación, y escuchando con amor el dulce llamamiento de la gracia, abandonan el mundo, y en la soledad y en la Cruz buscan el holocausto y el sacrificio completo entregándose al Señor con un desinterés heroico y por todo extremo admirable.

Recluído el angelical mancebo en el Fuerte de Rocaseca y extremando la familia del Santo los medios para acabar de vencer la constancia de su alma, apalabraron á dos de sus hermanas, Marieta y Teódora, á las que el castísimo joven profesaba especial cariño; mas sucedió lo contrario de lo que se pretendia; porque avistándose las dos hermanas con el santo novicio, les habló con tal suavidad y decisión sobre lo vano de las cosas del mundo y la excelencia de la virtud, que lejos de estorbarle en su empresa, tornáronse sus más entusiastas ayudadoras y sus secueces más constantes en la vida de la Cruz y del sacrificio.

Y así continuaba Santo Tomás cada día más resuelto en la carcel doméstica. No despreció tampoco el tiempo en las semanas que estuvo en la reclusión, pues habiéndose proveído de la Biblia, del Libro de las Sentencias y otros de excelente doctrina, sirvióse de ellos en su cantiverio ilustrándose á maravilla su entendimiento al par que se vigorizaba su corazón en la lucha y en la prueba. Por

en el citado libro de los Ordenes religiosos, es una de las cosas que no me explico en un varón, por otra parte virtuoso y benemérito. Seguramente que no se acordó el buen Padre Isla de aquel consejo de Cervantes:

Advierte que es desati...  
Siendo de vidrio el tejá...  
Tomar piedras en la ma...  
Para tirar al veci...

eso Santo Tomás desde su hermosa juventud, pudo decir con más propiedad que el poeta:

Yo soy como la abeja,  
que en los rosales  
toma la miel que deja  
luego en panales:  
y á su colmena  
del dulce de las flores  
va siempre llena. (1)

Pero si el Dios de la santidad y de las ciencias, se complacía en colmar de sus misericordias al angélico joven, los deudos de éste no dejaban piedra por mover en su afán de blandear y reducir la constancia del purísimo mancebo. Y pasado el periodo de las caricias y de los halagos, vino la época de las amenazas, llegando sus desalentados hermanos á rasgar el hábito que el Santo amaba con delirio. Todo lo sufrió el joven angélico con espíritu varonil, hasta que llegó el momento decisivo en que iba á resolverse el negocio de una manera acabada.

Inspirados, sin duda, por el infierno, Landulfo y Rainaldo apelaron á un sistema de ataque en que hubieran cedido los más robustos cedros del Líbano y hubieran flaqueado los titanes más aguerridos... En la misma habitación en que se hallaba Santo Tomás, introdujeron una mujercuela desenvuelta y liviana que con sus argucias y tentativas pretendió vencer al que no habían podido derrocar las lágrimas de una madre, los ruegos de un padre, las amenazas de los hermanos, las ternuras de sus hermanas, los malos tratamientos, la cárcel, los dolores, los denuestos... Pero vive Dios! que no ha de caer en el lazo infame el Ángel de la inocencia y de la pureza. Y lejos de cobardear al verse rostro á rostro con el enemigo, empuñando á los eremitas más esforzados, avanzando aún más que un San Benito y un San Jerónimo, inflamado en el amor de Dios que ocupaba de lleno su corazón, invocando en el

(1) Zorrilla.—«La leyenda del Cid».—Prólogo.  
VOLUMEN III



lance supremo el auxilio de la que es Madre del Amor hermoso, coge un tizón encendido que por acaso en la estancia había y arrojáselo con valor á la malaventurada mujercilla que huyó despavorida y confusa mientras que el Ángel victorioso, haciendo con el arma inesperada una cruz en la pared, cae de hinojos y bañado en lágrimas dando gracias al Señor por el triunfo y pidiéndole nuevo socorro para no desmayar jamás en el combate.

Oyense de pronto melodías inefables más dulces y regaladas que las brisas de Abril y las auras de Mayo, y entre nubes recamadas de oro, entre las niveas alas de ángeles, baja del cielo la Santa Madre de Dios, la Reina de la inocencia y del candor. Viene María á visitar á su hijo; y entre caricias indefinibles y halagos que no pueden explicarse con palabras, los ángeles que acompañan á la Virgen, toman entre sus manos al heroico manecbo y ciñendo sus lomos con un cordón milagroso le prometen en nombre de Dios y de su Madre el triunfo y la victoria en todos los combates y en todas las luchas contra la castidad.

Tomás había vencido en la sin igual batalla; la Virgen enjugó sus lágrimas y celebró sus hazañas, y los ángeles besando con amor purísimo la frente de aquel joven en quien podían mirarse como en hermoso espejo de inocencia, tornaron á subir al cielo dejando en la tierra el cingulo bendito como prenda inequívoca de la lucha y de la palma de Santo Tomás...

¡Ojalá que los jóvenes de nuestros días supieran imitar al Doctor angélico en estos triunfos que dan más gloria y mejor nombre que todas las hazañas de Alejandro el Magno y de Julio César!... Venciendo en estas lides difíciles de la pureza donde tantos valientes caen, darian muestras en sus tiernos años de la energía y firmeza de sus almas, de la excelencia de sus facultades, de la nobleza de su sangre, y del arraigo de su fe en Dios. Así aparecerían en la sociedad y en la historia coronados como el vencedor

con guirnaldas de rosas y azucenas; así reverdecieran con frescura hermosa las potencias de su alma y descenderían á su entendimiento y á su corazón dos rayos de luz divina, la ciencia y la virtud, que son herencia indiscutible de los que como Santo Tomás, saben triunfar en los combates de la vida (1).

#### ARTÍCULO IV

ALBERTO EL MAGNO Y SANTO TOMÁS DE AQUINO

Conocida á ojos vistas la resolución inquebrantable del joven dominico, evidenciado á cielo abierto su valor á toda prueba, diéronse á partido sus adversarios, cedió la oposición, se calmó la tormenta y tornóse el horizonte á inundar de luz y de bonanza.

Sólo el Conde Landulfo proseguía en su desatinado empeño de no transigir con los deseos de su hijo: la Condesa Teodora había cambiado en su proceder llegando á dominar en su corazón los sentimientos cristianos á los ciegos impulsos del instinto natural; con la madre cambiaron también los hijos, y Landulfo y Rainaldo, libres de la venda con que el amor hacia Tomás les había oscurecido la vista en la lucha pasada, se arrepintieron de sus proyectos malévolos, y amistados con su hermano inocentísimo, le dieron á la postre la enhorabuena por su decisión y energía; las hermanas del santo, comprendieron asimismo la grandeza de la virtud de su purísimo hermano, y al cabo, el jefe de la familia, el Conde Landulfo, movido por tantas maravillas y admirado de la resolución de su hijo, le concedió su bendición y beneplácito para que cumpliese la voluntad de Dios tan palmariamente demostrada.

Tomás de Aquino fué recibido solemnemente en la Or-

(1) El cingulo maravilloso con que fué ceñido Santo Tomás y que se conserva en nuestros tiempos, ha dado origen á una Cofradía hermosísima denominada *Milicia Anglica*

den de Predicadores y desde aquel momento fausto y memorable, cuenta la gran familia dominicana con un genio sin segundo en la historia, y brilla en el ciclo de sus glorias el hermoso astro que ardió en la frente y en el corazón de aquel á quien las generaciones llaman el Ángel de la ciencia y de la santidad.

El superior que mereció recibir en nombre de toda la Orden los votos del gran Doctor de la Iglesia, llamábase *Fr. Tomas Agni de Lentino*.

Como desde muy niño había dado el noble hijo de los Condes de Aquino, pruebas inequívocas de sus aptitudes y alicances, la Orden de Santo Domingo no descuidó un punto la educación de su nuevo miembro y escogió como maestro y caudillo de Tomás, á un genio también de talla colosal conocido ya en su época con el nombre del *Maestro Alberto el Grande*.

Era Alberto alemán de origen, dominico de hábito y profesión, y por sus dotes mirado como la lumbrera de la ciencia y el ángel de la virtud. Corto de ingenio en su niñez, por un milagro de la Virgen que es Trono de la Sabiduría, mereció adquirir tal riqueza de conocimientos, que con justicia fué llamado *Grande* en las ciencias naturales, muy *Grande* en la teología y *Máximo* en la filosofía. Era el Aristóteles cristiano, el *Mágico prodigioso*, el genio de las escuelas, y el Maestro soberano á cuyas atilas acudían en tropel los discípulos de las más lejanas regiones, ávidos de aprender de los labios de Alberto los secretos de la ciencia y de la ilustración verdadera.

Con la sabiduría de su entendimiento corría parejas la santidad del alma y del corazón; y su mansedumbre hechicera, su vida mortificada, la inocencia de su espíritu y el desprecio en que tenía todas las cosas del mundo, le hicieron aún más ilustre que sus talentos celestiales; y cuanto más el Santo se achicaba y empuqueñecía ocultándose modesto como la tímida violeta de Selgas, tanto más le ensalzaba el Señor cumpliéndose en el Beato Alberto y

muy de plano la promesa divina: *El que es humilde será levantado*.

Tal fué el Maestro de Tomás de Aquino, y al lado de tal Preceptor no debe extrañarnos ver progresar al discípulo afortunado bebiendo de lleno en lleno, al par que la luz que alumbraba la inteligencia, el calor que fecunda el corazón.

Enseñaba por entonces Alberto el Magno en la Universidad de Colonia, y allí fué enviado el joven Tomás comenzando aquella hermosísima carrera al cabo de la cual mereció ser coronado como Doctor angélico y Sol de la ciencia cristiana. Nunca se habrá visto un estudiante más cabal y completo; nunca un alumno tan aplicado y asiduo en las tareas escolares. Su modestia daba realce vivísimo á su talento, y toda la mina de los tesoros que el cielo á manos llenas había repartido en Tomás, se conservaba más pura y brillante escondida tras un velo de silencio y de retiro que era el embleso de los que vislumbraban á Dios á través de las humildes apariencias de su siervo.

Mas como en este mundo traider siempre abundan los necios, y entre estudiantes hay á menudo individuos chocarrosos y expansivos en extremo, que miran de socapa á los que no bailan al son que ellos tocan y se conservan en cierta altura de circunspección y de modestia, algunos de los condiseípulos de Santo Tomás, al verle tan humilde, tan callado y tan grave en sus actos, interpretando á sabor de su paladar aquellas virtudes del modesto compañero, juzgaron á rareza y escasez de mérito, lo que que era flor de perfección y de ciencia, y haciendo chacota del silencio de Santo Tomás, se mofaban de él apodándole con retintín el *buey mudo de Sicilia* (1).

No se indignaba el angelical estudiante con esas befas y garrambainas; antes, creyéndose en su humildad digno

(1) Por este apodo con que se llamó en Colonia al Doctor angélico, hay quien duda si el Santo procedía de Sicilia y no de Aquino. La tradición constante es testigo irrecusable en favor de la opinión universalmente aceptada.

de aquellas burlas y sabiendo que siempre anda con el silencio la prudencia (1), bendecía al Señor con toda su alma viéndose discípulo de la escuela del sufrimiento y del menosprecio que ha formado los héroes más grandes de los siglos. ¡Y cómo se acrecentaba el valor de Santo Tomás probado en el troquel de la humildad! ¡Cómo se inundaba de luz la frente de aquel ángel bendito cuanto él más quería encubrir su gloria con las alas de su modestia... En medio de la soledad, paladeando la miel y la leche en ella encerradas, iba formándose hermosa y admirable aquella alma singular, depósito sacratísimo de los misterios divinos y en cuya inteligencia esplendorosa reverberaban en haces de luz inefable los rayos del que es la Verdad por esencia.

Cierto día, uno de los estudiantillos con humos y pujos de sabiondo y pedagogo, tuvo el malísimo acuerdo de hacerse enconadizo con Santo Tomás, para proponerle nada menos que servirle de guía y de maestro en la resolución de las dudas con que pudiese tropezar en sus estudios. Creyó y creyó muy desatinadamente el vanidosillo alumno, que Tomás no le llegaba al hombro y pensó tirárselas de sabio con quien era en verdad el *Sabio* por autonomía de la Universidad de Colonia. Y ¡milagrosa virtud del Santo Dominicel, sin ruborizarse al escuchar la oferta que se le hizo, aceptó de buen grado la proposición, y entonces se vio al que iba á ser el gran Maestro de la humanidad, «al genio inmortal ante cuya palabra calló la tierra y se posaron los reyes y enmudecieron los doctores y que fué confirmada por los pontífices (2)», escuchando las explicaciones de un menguadillo y taimado estudiante que no valía para pisar las huellas dejadas por Santo Tomás en la ciencia. ¿Quién que no fuera el Doctor angélico podría haberse sometido tan humilde á esta prueba durísima para todo estudiante aprovechado y sobresaliente?...

(1) Vir autem prudens, tacet (Prov. XI, 12.)

(2) Pidal y Món. Artículos literarios.—Tolosa, Lourdes y Loyola.

No tardó mucho tiempo en descubrirse á cielo raso la grandeza del genio encerrado en el alma de Tomás. El sol no puede permanecer oculto largo tiempo; las flores cuanto más modestas, más pronto se delatan por sus aromas, y el nido amoroso del pintado pajarillo se descubre á las pocas vueltas por el canto del ave no muy apartada del imán de sus amores. A los pocos días de lecciones explicadas por el presumidillo estudiante á su angelical condiscípulo, brilló la luz, se derramó el perfume y se oyeron cantos de indefinibles armonías. Atarugado y confuso en una de las explicaciones el vanidoso maestro de Santo Tomás, apeló en su desbarajuste al amparo del discípulo y abriendo éste sus labios repletos de ciencia y de erudición, desenvolvió la tesis con tal maestría, que admirado y miedoso como el niño que tope á tope se encuentra con un gigante, el preceptorcillo de Tomás se levantó de su asiento y corrió á besar las plantas del Ángel de la ciencia, suplicándole con lágrimas en los ojos que perdonase su audacia y que en lo sucesivo se cambiaran los papeles y que el maestro fuese el que de verdad era sabio y pasase al banquillo de discípulo el ignorante y presumido. Sintió Santo Tomás aquella revelación de sus dotes, rehusó los obsequios de su compañero, y sólo á fuerza de ruegos, aceptó el servir de ayuda al que humillado le pedía luz y consejo.

Mas no paró en esto el negocio. Aunque Fray Tomás suplicó á su compañero que no revelase á nadie el secreto que acababa de sorprender, ni descubriese la oferta hecha de ayudarle en lo sucesivo en la explicación cotidiana de las clases, no bien se hubo terminado aquella memorable sesión, el estudiante que se las había tirado de preceptor de Tomás, acudió al Maestro Alberto, y con el entusiasmo que en su corazón había despertado el mérito del angelical mancebo, ponderó con las palabras más vivas la excelencia de las dotes de Tomás, lo incomparable de su genio, y lo profundo de su humildad. Tenía ya el Maes-

tro Fr. Alberto un concepto elevadísimo de la ciencia y de la virtud de su discípulo predilecto, y avivado en su alma el deseo de conocer más á fondo la mina riquísima de que el cielo le había hecho administrador, se fué en una ocasión á oír sin ser visto las explicaciones de Tomás, y enamorado de la alteza y claridad de aquellas ideas que brotaron en haces de luz y de oro de la inteligencia del angélico joven, cuentan que lloró de amor y de alegría, y que en un arrebatado de júbilo, exclamó entrando: *Digitus Dei est hic...* El dedo de Dios está aquí.

Desde aquel descubrimiento maravilloso, el Ángel de las Escuelas iba mostrando cada día nuevos tesoros de ciencia no conocidos entre los mortales.

Sucedió por entonces que el M. Alberto habló en el aula de una cuestión espínosa y enlazarada sobre la que, como es de usanza, los discípulos aplicados hicieron sus comentarios y reflexiones. Santo Tomás no se quedó en la retaguardia é hizo sus apuntes á maravilla viniendo á caer, por casualidad ó por uno de tantos secretos de la Providencia, en manos de Alberto el Grande. Admirado más y más el Santo Maestro de los tesoros ocultos en la inteligencia prodigiosa del discípulo, no quiso tener por más tiempo en secreto al genio fecundísimo y se determinó á descorrer el velo de modestia y de humildad con que hasta entonces se había encubierto la fragante y candorosa violeta.

Y como lo pensó, lo hizo; y habiendo Fr. Alberto encomendado á Tomás la defensa de una tesis escolástica, hablo con tal aplomo y maestría, con tal decisión y claridad, con tal comedimiento y firmeza, que todos los oyentes quedaron como un día los doctores del Templo en que habló Jesús, estupefactos y confusos ante la prudencia y las razones expuestas por Santo Tomás. Y entonces fué cuando el coloso hizo el panegirico del coloso, y habló el genio de las grandezas del titán y del héroe, cuando iluminado Alberto el Magno con lumbré del cielo, descubrió

de un golpe de vista toda la hermosura que resplandecía en la frente de Tomás, y con voz solemne y en actitud de Doctor que sentencia, exclamó: «¡Ah!... Nosotros llamamos Buey mudo á este joven símbolo de la modestia y del pudor; mas yo os anuncio que los mugidos de este Buey, harán estremecer al orbe y sus ecos resonarán en los confines más remotos y apartados.»

El tiempo se encargó de confirmar el vaticinio, y la historia ha hecho de la profecía del Beato Alberto, una verdad inconcusa.

## ARTÍCULO V

### DOCUMENTOS PRECIOSOS

Desde que el Maestro Alberto se convirtió en panegirista de su discípulo Tomás, adquirió éste una resonancia extraordinaria, y los templos de Minerva comenzaron á disputarse la honra de admitirle en sus senos, gloriándose las escuelas de poseer al que era el Ángel de la ciencia y el nuevo Salomón de la Iglesia.

Habiendo terminado Santo Tomás sus estudios en Colonia, pasó en compañía de su maestro á París, en cuya Universidad famosísima debía de recibir Fr. Alberto la investidura de Doctor, título concedido, no como hoy á troche y moche y á destajo, sino á ingenios preclarísimos lustre y honra de las ciencias. Santo Tomás, muy joven aún, prosiguió sus estudios en el célebre convento de *Saint-Jacques* (Santiago) que los dominicos tenían en la capital de Francia, con ciertas dependencias de la Universidad, á semejanza de los Colegios mayores de Valladolid y Salamanca.

Los estudiantes del Colegio de Santiago, eran como la niña de los ojos de la Orden Dominicana, su esperanza más legítima, su ilusión más dorada. Allí se formaban mejor que en los gimnasios de los griegos, los nobles soldados que habían de reñir más tarde las batallas del Se-

ñor. Y entre los genios que la Orden de Predicadores educaba en París, el Ángel predilecto, el Benjamín querido, era el joven Tomás. Criar al hijo regalado en el jardín más ameno, educar al héroe en el palenque más anchuroso, abrir ante los ojos del genio el horizonte más rico y de innumerables luces adornado, fué el empeño constante de la Orden de Predicadores que veía en Tomás la flor y la perla más preciada de su corona y que esperaba que el solo nombre del nuevo Ángel de la ciencia, iba á comunicar lustre perdurable y honor eterno á la historia de esa Religión que cuenta sus grandezas y sus héroes en número incalculable como las estrellas del cielo y como las mariposas en el florido Mayo.

En las aulas parisienses, fué Santo Tomás lo que había sido en Colonia, en Nápoles, en Monte Casino y en Rocca-Seca: un serafín de caridad y un querube de ilustración y de sabiduría. Sus virtudes le granjearon el aprecio y las simpatías de todos los maestros y compañeros; sus talentos cada vez más sorprendentes, le hacían digno de la admiración y del elogio universal. Y era tan hermosamente grande y profunda su modestia, tal su candor de ángel y su compostura religiosa, que mientras él más se ocultaba y escondía, temeroso de perder con los aplausos su mérito, más de punto subía el aprecio en que era tenido y más le inundaba el Señor con sus dones descendiendo sobre Tomás la gracia y la sabiduría como dos torrentes caudalosos que le llenaban el alma y le arrebataban el corazón.

¡Oh, y quién pudiera levantar cuando menos por una puntita el velo con que la historia, no siempre cuidadosa de los héroes, nos encubre con su silencio el brillo purísimo con que resplandeció el joven angélico en sus estudios de París!... ¡Quién pudiera haber visto algo de las maravillosas hazafías que en el silencio y en el retiro del claustro realizó el atleta de la verdad y que pusieron en admiración á los mismos coros celestiales!... ¡Dichosa la

soledad en que floreció tal vástago!... ¡Dichosa la celda que sirvió de habitación al genio inmortal y dichosas las tablas que pisaron las plantas del varón prodigioso y los papeles en que se grabaron las ideas de su mente singularísima y el hábito que cubrió el cuerpo inocente y virginal del casto joven dominico!

Mas ya que la historia ha sido ingata, y la nación de San Luis ha profanado en la más formidable de las revoluciones la casa bendita de Santiago en que vivió el coloso de la sabiduría, leamos para consuelo y lección fecundísima, una carta de Santo Tomás dirigida á un amigo suyo novicio de la Orden Dominicana. Ese documento suplirá con creces la inercia de los hombres y nos servirá de huella de luz vivísima con queclaremos algo de la perfección consumada de su autor cuando se educaba en el Convento de París.

La carta dice así (1):

«Ya que me preguntas, carísimo en Cristo, Fray Juan, de qué manera debes estudiar para adquirir el tesoro inapreciable de la ciencia, he aquí el consejo que sobre todo te quiero dar: No pretendas enfascarte de improviso en el océano, sino que por grados has de llegar á las cosas

(1) «Qua quaesisti a me in Christo mihi clarissime Johannes, qualiter te studere oportet in thesauro scientiae acquitendo, tale a me tibi super hoc traditur consilium, ut per rivulos non statim in mare eligas introire, quia per faciliora ad difficiliora oportet devenire. Haec est ergo mentio mea et instructio tua: Tardiloquium te esse jubeo, et tarde ad locutorium accedentem; conscientiae puritatem amplectare; orationi vacare non desinas; cellam frequenter diligas, si vis in cellam visariam introduci. Omnibus te amabiliter exibe; nihil quare penitus de factis aliorum: nemini te multans familiariter ostendas, quin nihil familiariter parvi contempnam et subtractionis a studio materiam subministrat. De verbis et factis saecularium nullatenus te intramittas. Discursus super omnia fuges. Sanctorum virorum imitari vestigia non omittas. Non respicias a quo audias: sed quidquid boni dicatur memoriae recommenda. Ea quae legis et auis fac ut intelligas: de dubiis te certifies, et quidquid poteris, in armariolo mentis reponere satage, sicut cupiens vas implere: altiora te ne quaesieris... Illa sequens vestigia, frontes et fractas in vineam Domini Sabaoth utiles, quando viliam numeris profers ac produces: haec si sectatus fueris, ad illud attingere poteris quod aeternae.» (Opuscul, 68 de modo acquiritur in scientia.)

más difíciles después de haber discurrido por las más fáciles y accesibles. Esta es mi amonestación y quisiera que fuese tu enseñanza.

Te aconsejo que seas tardo en el hablar y que siendo enemigo de la locuacidad, consigas por este medio la pureza de conciencia.

No abandones jamás la oración; se amigo del retiro y de la celda si es que deseas entrar en el santuario regalado del Esposo.

Muéstrate amable con todos; no te hagas fiscal de las acciones del prójimo; no te domestiques demasiado con ninguno, porque la familiaridad excesiva engendra el desprecio y arrebató al estudio y á la ocupación un tiempo precioso; no te entrometas en los negocios seculares, sean de palabra ó de obra.

Huye del zarandeo continuo como del mayor de los males; imita con fervor el ejemplo de los Santos y de los justos, y sin mirar á quién lo dice, recoge cuantas cosas oigas para tu aprovechamiento espiritual.

Todo lo que hagas ejecútalo de modo que comprendas y te des cuenta de tus acciones; certifícate en lo posible en las dudas; como laboriosa hormiga trabaja por reunir en tu granero todo lo que pueda serte útil y provechoso, y como el que mide con buen tino la capacidad de un vaso, no busques para tí lo que no has de poder alcanzar.

Si estos consejos practicas, serás en vida una planta hermosa que producirá copiosas hojas y frutos de bendición en la viña del Señor de Israel, y siguiendo estas máximas, alcanzarás el bien por el que suspira tu corazón.»

Tal es la carta preciosa de Santo Tomás cuando joven aún de dieciocho años estudiaba en París. Sus consejos son hermosos en alto grado y ellos deben ser el norte y la guía de la juventud estudiosa. Con letras de oro y de diamante debieran llevar escritos los jóvenes estos consejos del angélico Preceptor y seguramente que ellos formarían el mejor plan y reglamento de enseñanza con que se edu-

caría muy á lo cristiano y á lo serio á tantas cabezas huecas por falta de ideas y á tantos corazones entecos por falta de enjundia y de virtud sólida y verdadera.

*No pretendas, dice el Santo Doctor, entrar de improviso en el abismo, sino que has de llegar gradualmente á las cosas difíciles después de bien conocidas las fáciles.*

Y cuántos jóvenes se acreditan de fatuos y se ponen en evidencia por no seguir esta máxima y pretender discutir á roso y vellosó las cuestiones más intrincadas y abstrusas!... Por no confesar su incapacidad como el bueno de Sancho que al cabo era humilde, arremeten muchos barbilucios con gran fiereza y sentencian con disputadesco aplomo sobre las materias más difíciles, y como no poseen los principios más rudimentales de la lógica y á veces ni saben acentuar las esdrújulas, metidos en un atolladero sin salida posible, barbarizan á más y mejor y se descuelgan con cada sandez que es una lástima y compasión el oírlos.

*Te aconsejo, añade el Doctor angélico, que seas tardo en el hablar y que aborreciendo la disipación, consigas por este medio la pureza de conciencia.*

No hay, en efecto, virtud más simpática que el silencio y la modestia. El joven charlatán, el estudiante parlanchín á quien toda la ciencia se le va por la lengua, no será jamás un pozo de sabiduría, puesto que la sabiduría verdadera es humilde y callada, y, como dice el refrán castellano, *el buen paño en el arca se vende*. La mercancía que se cacarea á todo viento, no será más que una baratija ó un juguete; el estudiante que habla mucho, no será más que un títere científico que se cree en algo no recordando que, como afirmaban los antiguos latines, para ser filósofo, es preciso callar (*Si tacuisset philosophus mansisset*), y que como cantaba el poeta español, los sabios marchan siempre por sendas escondidas y sin ruidos. La misma Escritura nos dice, que en el silencio y en la esperanza, está nuestra fortaleza. (*In silentio et in spe, erit fortitudo vestra.*) Por

no seguir esta pauta y desear con preferencia el bullicio y el guitarreo y la algazara y la disipación, muchos jóvenes incautos ó jaraneros acaban por perder, no ya el curso y las lecciones de las aulas, sino lo que más importa, la flor de la pureza, la inocencia del alma y del corazón. Avezados á no refrenar la lengua, habituados á seguir las bromas y las humoradas de sus compinches, va poco á poco emponzoñándose el espíritu, y el joven que cuando era humilde y callado, le vimos sabio y querido de los buenos, cuando se tornó vacío de cascos y lenguaraz, le vemos disipado y holgazán, sin importarle un rábano por los estudios, haciendo befa de las cosas santas, aplaudiendo con los *ganzápiros* á *Electra* ó al himno de Riego..... y quizás vendiendo su alma hermosa y con ella su candor, en lugares infames donde los ángeles no han podido entrar jamás.

*No abandones nunca la oración, sé amante del retiro y de la celda si deseas entrar en el Santuario regalado del Esposo.*

No pretende el angélico Maestro que el estudiante se convierta en un cenobita ó en un fraile descalzo ó cartujo y se pase los días de turbio en turbio y las noches de claro en claro sumido en la oración y en la mística; sino que advierte con suma prudencia á los jóvenes la necesidad ineludible que tienen de levantar muy de continuo el alma y el corazón al cielo pidiéndole ayuda y amparo en los múltiples vaivenes de la vida. La oración que no es más que una súplica amorosa dirigida á la Divinidad, si á todos es necesaria, porque todos nos hallamos pobres y alcanzados de bienes que sólo de Dios pueden venirnos, es tan precisa como el pan á los jóvenes que colocados en el golfo de tantas pasiones y en el laberinto de tantísimos cantos que les ilusionan, por fuerza han de volver los ojos y el corazón al cielo, exclamando con San Pedro: ¡Salvados, Señor, pues andamos á punto de sucumbir!.... Y sucumbirán sin duda los jóvenes atolondrados que por la oración no alcean hacia Dios su alma suplicante.

*Muéstrate amable con todos; no fiscalices las acciones del pró-*

*jimo, ni te domesticques demasiado con ninguno porque la familiaridad excesiva engendra el desprecio y arrebató al estudio un tiempo inapreciable.*

Este consejo es de perlas. En él nos avisa el angélico Maestro la amabilidad con todos ya que la educación y la virtud lo exigen, y no puede ser sino un fatuo insoportable el que con aires y paquete de ilustrado ó erudito, mira á los demás de socapa y de través como si su personalidad fuese un ídolo á quien estuviésemos obligados á incensar los demás mortales. La amabilidad es signo de nobleza en el corazón, y el ser huraña, desabrido y hosco en el trato, es garantía segura de muy poco meollo ó de grandísima hinchazón y vanidad, que en buena plata suman hojarasca, morralla y oropel. Aconsejamos además el el Santo Doctor, que no fiscalicemos las acciones del prójimo, puesto que no es mística ni llega á mera ascética, ni pasa de puerilidad femenil, el afán de muchos que sin otra ocupación seria y grave, pasan todo el santo día trayendo y llevando cuentos, chismeando y enredándolo todo, poniendo en berlina á los demás y que si fulano dijo, y si Zutano hizo, y si perengano ni dijo ni hizo, y si el de acá habló, ó si el de allá no habló y zumba que dale como si ellos solitos (los chismosos) fueran los buenos y los escogidos, y los demás fuésemos los mentecatos y miseros publicanos. Y añade Santo Tomás, que aunque la amabilidad sea una virtud muy loable cuando se mantiene en sus límites, el ser excesivamente amable y empalagoso, produce el desprecio, porque no hay aburrimiento comparable al que causa el tipo superfino y acaramelado que por fas ó por nefas se empeña en comunicarse y derretirse y meternos por gracias y donaires mil insustancialidades y groserías. Y además de este desprecio que produce la familiaridad exagerada, el domesticarse demasiado con determinadas personas, roba un tiempo precioso que pudiera aprovecharse con suma utilidad y entretiene á la mente y al corazón con ideas y afectos no siempre llenos

de la pureza y de la moralidad cristiana. Déjese, pues, el joven de ser vano y orgulloso; no se entrometa en las acciones ajenas, y no se derrame demasiado en amistades livianas y peligrosas, y así ganará en reputación y honradez y podrá dedicarse con más holgura y aprovechamiento al estudio sereno de las ciencias que necesitan mucha fijeza y un entendimiento muy despierto y nada embotado ni lleno de malos humores.

*Huye del zarateno continuo como del mayor de los males; imita con entusiasmo las ejemplos de los santos, y sin mirar á quien lo dice, aprópiate todas cuantas cosas buenas oigas.*

No hay, en verdad, nada más contrario á la quietud pacífica de las letras y del aprendizaje científico como el andar de acá para allá espontaneándose en exceso y brujuleando sin sosiego en busca de reposo y de descanso. El joven escolar que mariposea sin fundamento y no sabe estarse sobre los libros un día y otro día para sorprender en sus páginas los tesoros de verdades en ellas encerradas jamás logrará posesionarse de la ciencia, ni hará otra cosa en sus estudios que orearse á los cuatro vientos como ropa con polilla, sin encontrarse en las plazas y encrucijadas en los cafés ó en los corrillos, con la mina fecundísima de la sabiduría que no halla sino el que á imitación del poeta desea vivir en sí mismo y

gozar quiere del bien que debe al cielo,  
á solas sin testigo,  
libre de amor, de celo,  
de odio, de esperanza y de recelo (1)

Este deseo nobilísimo de quietud y de paz, debe procurarse adquirirlo el estudiante con el recuerdo de los pocos sabios que en el mundo han sido, y como ellos, ha de trabajar sin descanso para enriquecerse y abastecer sus facultades con el estudio de la verdad, convencido de que, como decía Santa Teresa de Jesús: *Buenas son las letras para todo y cuantas más mejor.*

(1) Fr. Luis de León.

*Todo lo que hagas, obralo de manera que comprendas y te des cuenta de tus acciones; certíficte en lo posible en tus dudas.*

Si la adquisición de las ciencias; fuese una quisicosa y un vano pasatiempo de niños, pudiera disculparse la ligereza con que muchos estudiantillos al uso miran los libros y el curso de sus carreras. Mas como afortunadamente no es así, y como al contrario, el estudio, en frase de Cervantes, y el ser eminente de las letras cuesta tiempo, vigiliás, hambre, desnudez, vahidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas á estas adherentes, preciso es que todo el que de veras quiere hallar el secreto de la sabiduría, estudie con avidez y sin perezas y procure no pasar por las hojas, como el gato por las ascuas, sino entender á fondo el sentido de lo que lee ó estudia, para que así logre adquirir la ciencia sólida y verdadera que es un conocimiento cierto y evidente y no ya sólo un rasguño ó arañazo de las cuestiones con que muchos pretenden sentar plaza de eruditos y sabiondos, no siendo más que histriones y payasos de la ciencia que cuando es verdadera no es vana ni aparatosa.

*Trabaja por recoger en tu inteligencia todas cuantas verdades se te ofrezcan y veas que puedan serle útiles; y como el que conoce la capacidad de un vaso, no suspires por lo que no has de poder alcanzar.*

La observación constante y la profunda reflexión acerca de todo cuanto se desenvuelve en torno de nosotros, son manantiales abundosos de conocimientos y de ilustración. El joven que todo lo toma á cuento de risa y discurre y se mueve sin darse cuenta de los hechos que se verifican en torno suyo, ó es un babieca ó un sin juicio y de todas maneras, una vulgaridad que nunca será contada en el número de los sabios y de los genios. Procure además el joven estudiante conocerse á sí mismo, con lo que tendrá la llave de su verdadero engrandecimiento y progreso, y no se enfrasque sin conciencia de sus alcances en materias que no posee y en asuntos que no haya meditado, para



que resplandeciendo la modestia como fondo de todas las acciones, sean éstas dignas de un verdadero filósofo ó amante de la sabiduría y se ofrezca esa misma sabiduría orlada por la piedad cristiana, pues ya dijo muy bien un clásico español que «las letras sin virtudes, son perlas en un muladar» (1).

¡Oh si los estudiantes del día meditasen estos hermosos consejos del Ángel de las Escuelas!... ¡Oh si los que se juzgan por pedagogos de la juventud y regeneradores de la instrucción, pensasen con espíritu imparcial en esas máximas sublimes del angélico Doctor!... Otros serían entonces los discípulos que aprendiesen las verdades y muy distintos los maestros que enseñasen las ciencias. No habría tanta superficialidad en las escuelas públicas, tanta farándula en los centros oficiales, tanta indisciplina en las aulas, tanta ignorancia en los que llevan las bridas de la cultura de los pueblos y tantísimo charlatán en todas partes brillando por su ausencia la razón, la sindéresis y hasta el sentido común.

## ARTÍCULO VI

### EL ANGÉLICO MAESTRO

Tres años estuvo Santo Tomás en los estudios de París. Al cabo de ellos y terminado el trienio reglamentario con el aprovechamiento que se deja suponer y que apenas puede explicarse, marchó de nuevo el joven Tomás en compañía de Alberto el Magno á la Escuela de Colonia donde la Orden Dominicana tenía uno de sus centros generales de enseñanza y del cual acababa de ser nombrado Regente el Maestro Fr. Alberto (2). ¡Siempre los genios

(1) Cervantes.

(2) Tenía la Orden de Predicadores por entonces (1213) cuatro centros de Estudios generales descontando el de Santiago de París. Uno de esos Colegios estaba en Bolonia y era centro de estudios para la Provincia de Italia; otro se hallaba en Montpellier y pertenecía á la Provincia de Provenza; el tercero era centro de la Provincia de Inglaterra y se encontraba en Oxford, y el último era el de Colonia de la Provincia de Alemania.

han de caminar á una, y las almas grandes han de buscarse con delirio como astros que giran dentro de una órbita, flores que nacen de un mismo tallo, ondas que se mueven en idéntico lago, llamas que se enlazan dentro de una común hoguera y tesoros que se descubren en el fondo de un mismo fecundo venerol...

En Setiembre del año 1248 salió Santo Tomás con su Maestro del Colegio de París, y en Noviembre del mismo año y cuando sólo contaba veintiuno ó veintidos de su edad, comenzó á enseñar solemnemente explicando á sus hermanos, los dominicos de Colonia, las materias más abstrusas de la filosofía, los profundos comentarios de la Biblia y el libro de las Sentencias del celeberrimo Pedro Lombardo. La claridad maravillosa del querubín se descubría en las explicaciones del joven Maestro, el aplomo del filósofo resplandecía en sus conceptos, la sublimidad del teólogo brillaba en sus ideas, la profética visión de los Santos Padres dejábase admirar en sus comentarios bíblicos, la gracia del orador se derramaba en sus palabras, y en la mente de Tomás parecía descubrirse toda la magnificencia de los cielos, en sus ideas otros tantos soles de radiosa luz, y en su lenguaje toda la ambrosía y el néctar que en sus senos guardan Abril y Mayo. «En Santo Tomás, confirma un ilustre escritor moderno, brillaron la sencillez de Sócrates, la claridad de Platón y la acurada dialéctica del Estagirita» (1).

Buenas pruebas de las dotes admirables y por todo extremo privilegiadas que realizaron al angélico Maestro en Colonia, son los dos hermosísimos Opúsculos titulados: *De principio natural* y *De ente et eventia* donde resplandece la filosofía elevada á su última potencia y grandeza. También por este tiempo dió comienzo Santo Tomás á sus preciosos Comentarios sobre la Sagrada Escritura y á

(1) Del Panegirico de Santo Tomás predicado en el Convento de los dominicos de Salamanca por el P. Francisco Jiménez Campaña de las Escuelas Pías de San Fernando de Madrid (1902).

la exposición de los libros del Maestro de las Sentencias.

Así avanzaba el genio dominicano en la hermosa senda de la piedad y de la sabiduría. Como fecundísima roza-gante primavera henchida de luz, de aromas, de encantos de arrullos, de armonías y de sonrisas inefables, el alma extraordinaria de Tomás iba descubriéndose en el mundo moral y científico con todo el lujo exuberante de las perfecciones con que el Señor la quiso adornar. De la inteligencia salomónica del angélico Preceptor brotaban torrentes de luz y de claridad nunca soñados en la tierra, y del corazón castísimo del gran Santo de Aquino, salían efluvios de perfumes riquísimos, de aromas celestiales nunca sentidos por los poetas más tiernos y brillantes.

Todo este milagroso caudal se acrecentó dando nuevos reales á la persona de Santo Tomás al ser ordenado de Sacerdote poco después de venido á Colonia. El sabio, subiéndole las gradas del Altar sacrosanto, pasó á ser el pontífice de los misterios divinos, y el ángel de refulgente claridad trocóse en abrasado serafín de amor inmenso. Santo Tomás entró de lleno en el jardín del Esposo que gusta de morar en medio de las azucenas, y transformado en un Aarón del nuevo Testamento, se puso en más perfecta comunicación con el *Sancta Sanctorum* en que se guardan los secretos del cielo. Bebiendo desde aquel día con alma enamorada, de la fuente abundosa de toda gracia y comiendo con espíritu ferviente del Pan suavísimo de la Eucaristía, pareció Tomás desde su consagración sacerdotal un trovador que cantaba, no ya como los juglares de la época á damas fingidas ó asuntos idealistas, sino a una Divinidad suma, viva y augustísima, tal como se adora en el venerable Sacramento de la Santa Iglesia Católica. Notas melodiosas del angélico cantor, escuchanse hoy todavía en el bellísimo Oficio que Santo Tomás compuso más tarde y por encargo del Papa Urbano IV, para la fiesta del Corpus Christi. De este modo, quiso el cielo que en Santo

Tomás se reuniesen todas las gracias y los dones más excelentes; porque él lo fué todo: desde ángel hasta serafín, desde filósofo hasta poeta.

En estas circunstancias, y cuando el nuevo Salomón de la Iglesia se preparaba á labrar el templo más soberano y hermoso que la inteligencia y el corazón humanos levantaron jamás al Señor, el Pontífice Inocencio IV, trató de llevar al Santo Maestro como Abad y Patriarca del famoso Monasterio de Monte-Casino en donde, como ya se ha dicho, estuvo los primeros años de su infancia. Pero todo fué inútil, y los esfuerzos del Papa se estrellaron ante la modestísima resistencia de Santo Tomás que siguió en el Orden de Predicadores en cuyas filas quiso Dios que militase el coloso de la ciencia y el gran Maestro de los que saben.

En 1252, la obediencia dispuso nuevamente de Santo Tomás, y de maestro que era en Colonia, fué elegido entre millares para que recibiese solemnemente el grado de Doctor en los Estudios de París. Alberto el Magno había propuesto esta idea al General de la Orden, el Beato Juan Teutónico, y aunque éste, en vista de los pocos años de Tomás y de la postergación en que iban á quedar otras eminencias encanecidas en el estudio de la sabiduría, anduvo en los principios vacilante y en balanzas, al cabo inclinado por el peso de la opinión del gran Alberto, movido por las excepcionales dotes que brillaban en el joven Tomás y asesorado con la autoridad de otros insignes varones como el V. Hugo de San Caro, accedió gustoso, y el angélico Maestro volvió de nuevo á París con una aureola hermosísima de fama y de nombradía universal. Su viaje fué la marcha triunfal del héroe que camina con la guirnalda de las hazañas más estupendas sobre sus sienes, el paso de un redentor que va sembrando las bendiciones en las almas; y mientras la Duquesa de Brabante, Adelaida de Borgoña, le consultaba en sus dudas y en los negocios de sus estados, el Cabildo de Lovaina esperaba

sus decisiones para dirimir las contiendas suscitadas entre sus miembros. A todos satisfacía el Ángel de Aquino, y después de haber dado de viva voz sus consejos, perpetuó esas máximas en dos escritos que nos dejó, preciosos como todo lo que concebido en su mente angélica salió de su áurea pluma.

En París fué recibido Santo Tomás como se recibe en la patria al invitado caudillo cargado de riquísimo botín; y la enseñanza del Maestro incomparable en el Colegio de Santiago de París, fué como la luz del sol que todo lo abarca y á doquiera extiende los rayos de su influencia soberana. Y cumpliéndose en el angélico Preceptor lo que del Maestro universal, Jesucristo, cuentan los santos Evangelistas, viéronse venir desde muy lejos á los hijos de los hombres buscando la luz del consejo en la ciencia portentosa del Ángel de las Escuelas. El nombre de Tomás voló en alas de la fama resonando en todos los confines de la Europa civilizada; y la persona venerable del gigantesco Dominico fué desde entonces centro luminoso de infinitos radios que llevaban la claridad á las inteligencias y el amor á los corazones. «Numerosísimos correos venían diariamente al convento de Santiago trayendo cartas consultorias que había de resolver el Maestro Tomás de Aquino. Los Príncipes de la Iglesia, los superiores de las Órdenes religiosas, los reyes, los Obispos, los profesores de las Universidades europeas, escribían muy á menudo al Siervo de Dios para pedirle el esclarecimiento de las dudas. A estas instancias repetidas, debemos una buena parte de los *Opusculos* del Doctor angélico (1). Su genio soberano se hallaba entonces en medio del pueblo de Dios como la roca tocada por la vara milagrosa de Moisés de la que saltaban en torrencial abundancia las aguas con

(1) En la edición de Roma de 1570, ordenada por San Pio V, se encuentra un resumen de todas las obras del Angélico. Baste decir en honra del genio de Tomás, que apenas se concibe cómo pudo escribir tantísimo libro en aquel siglo y en el corto espacio de su vida.

que se abastecían todas las tribus de Israel. Y así se cumplió ya en vida del Santo lo que después de su muerte dijo la Iglesia hablando de la ciencia prodigiosa de Tomás: *Tanquam flumen clarae scientiae, rigat totam sanctam Ecclesiam*: Su ciencia «fué como un río de cristalinas aguas con que se regaba todo el jardín de la santa Iglesia» (1).

Y ¡cosa verdaderamente admirable y celestial... en medio de esta atmósfera de aplausos y de gloria del portentoso Maestro, no perdía un ápice la modestia del Santo y á medida que se acrecentaba su nombre, iba la humildad arraigando más profundamente en su corazón, convencido como se hallaba, y lo ha dejado escrito en sus obras, que la humildad es el cimiento y la base de toda virtud y perfección.

Para complemento de las hermosuras del grandioso panorama que nos descubren las virtudes y los talentos del angélico Maestro, dióle el Señor un corazón de mieles y de bondades inefables, y como un corazón noble y enamorado, no suele aparecer solo en la historia, vivió con Santo Tomás otro genio con quien compartía á maravilla y con el que comunicaba los secretos de su alma. El nombre del amigo del Doctor angélico, fué San Buenaventura, el Doctor seráfico. Pocas veces dos corazones se amaron tan tiernamente como los de Tomás y Buenaventura, hechos ambos según el corazón de Dios; ambos religiosos de dos Órdenes hermanas, pues si Tomás es la gloria de los Hermanos Predicadores, Buenaventura es el honor de los Hermanos menores; ambos Maestros esclarecidos en ciencias y en virtudes, y si el Angélico brilló por la luz de su entendimiento soberano, el Seráfico se distinguió por el amor de su corazón enamorado del cielo y sus delicias. Juzgue, pues, el lector piadoso cuál sería la unión y la amistad con que se en entrelazarían aquellas dos almas nobilísimas. Siempre la amistad ha sido una virtud hermosa y social que ha fomentado el entusiasmo en los corazones

(1) Del Anée Dominicaine correspondiente al mes de Marzo de 1886, (Lyon).

que bien se quieren; mas cuando esa amistad arraiga no sólo en las almas gigantescas como la de un Aristóteles y un Alejandro el Magno, sino que se basa en corazones saturados del heroísmo de la santidad cristiana, entonces esa virtud recibe un brillo immaculado y purísimo, el amigo pasa á ser un santo, el amor se transforma en caridad y une á los genios en lazo bendito y apretado, realizando las hazañas más peregrinas y las aventuras más leyendarias y milagrosas.

## ARTÍCULO VII

### LA CUESTIÓN RELIGIOSA

No hacia aún muchos años que los dos ínclitos Patriarcas, el querubín de Caleruega y el serafín de Asís, habían fecundado al mundo cristiano con las dos celebérrimas familias de los Predicadores y los Menores. Llamáronse Órdenes *mendicantes*, porque en la pristina estrechez de sus Constituciones, no se permitía á sus individuos vivir de rentas peculiares, sino que debían *mendigar* como pobres el sustento y la limosna. Y ¡cuántos prodigios obró el cielo en honra y obsequio de aquellos nobilísimos religiosos, que renunciando toda pompa mundanal, en sólo Dios ponían el centro y el descanso de sus almas generosas y heroicas!... Pocas veces se vió en la historia desde los tiempos apostólicos un alarde de fuerza moral y de virtudes excelsas semejante al que ofrecieron, desperdigados por la tierra, los hijos de San Francisco y de Santo Domingo. Hechos los amigos de Dios y formados en escuadrones milagrosos en que entraban los próceres más insignes y lo más florido de la sociedad en sus diversas esferas, los dominicos y los franciscanos volaban como las nubes empujadas por el viento de la gracia divina é iban repartiendo por los confines del mundo la luz y los tesoros de que el cielo les había colmado. La ciencia estuvo gallardamente representada en los genios más tallados

que se educaron en los claustros de las Órdenes hermanas; el arte recibió hermoso empuje y desarrollo en los colosales templos levantados por los dominicos y los franciscanos; la santidad tuvo preclarísimas figuras en incontables individuos que, criados con sujeción á las leyes de Domingo y de Francisco, eran el pismo de los ángeles y el asombro de los mortales; la aristocracia misma abrió sus senos y entregó á las Órdenes mendicantes lo más granado de la sociedad, y los doctores, los canónigos, los Obispos, los Cardenales, los Papas, los hijos de los reyes, los condes, los magnates de aquella Edad caballeresca por antonomasia, se ofrecían espontáneamente á ser alistados en las filas de los aguerridos ejércitos de quienes eran caudillos el Apóstol castellano y el Serafín de Italia. En poco tiempo sonó el eco de la voz de los dominicos y de los menores en todos los ámbitos de la tierra, y el hábito blanco de los unos y el pardo sayal de los otros, se hicieron simpáticos á todos los pueblos, y el rosario dominico y el cordón franciscano, fueron las mágicas cadenas con que se ligaron infinitos corazones. No hubo región que estos nuevos apóstoles no visitaran, ni lugar por árido que fuese que no santificaran con su presencia, ni tribu salvaje que no oyesse la palabra de caridad y de amor con que atraían misteriosamente las almas al seno de la verdadera religión.

Mas estas mismas hazañas que parece debían ser los timbres de su apogeo y la causa de su creciente prosperidad y desarrollo, fueron el motivo de la persecución y de la polvareda que de improviso se alzó contra los heroicos hijos de la Cruz y del sacrificio. No pudieron los envidiosos mirar con buenos ojos el avance y la fecundidad de las nuevas Órdenes, y con capa y color de justicia al principio y so pretexto de defender la integridad de la Religión y de la Iglesia, dijeron ya en el siglo XIII los enemigos jurados de las Órdenes religiosas, lo que hoy barbotan como novísima invención los que abominan y ha-